
A CHELIN LA PIEZA

ROBERTO SANCHEZ

Los gritos se oyeron en el pequeño aposento de tablas, dividido por biombos de papel periódico. Una mujer entró corriendo y llamó suavemente a la que estaba dormida.

- Juana qué te pasa? Juana , despertate.

- Qué fue, qué fue?

La Juana, con el pelo todo desgredado se sentó en la tijera. La luz de un kinké que alumbraba una imagen del Corazón de Jesús dejó ver su rostro prematuramente envejecido.

-- Qué fue Luisa, qué es este relajo?

- No fregués mujer, si vos sós la que estás armando el relajo con tanto grito, te va a regañar doña Marífta.

Ella se quedó sorprendida.

- Estaba gritando, Luisa?

- He, hasta el patio se ofan los gritos, hasta que estás sudada niña.

La muchacha se tocó la cara y después la combinación.

- Palabra, hasta que estoy sudada, yo creo que fue de la picada de anoche, yo no quería beber, pero doña Marifita jode y que jode para que hiciera gastar al hombre que estaba conmigo, como que fuera mfo el negocio.

Luisa la miró haciendo una sonrisa que más bien parecía una mueca en aquella boca donde algunos dientes faltaban ya.

- Jesús, pero parecés chavala vos, no sabés que éso es parte del arreglo.

Juana la volvió a ver sorprendida.

- Cuál arreglo?
- Pues esta vida que llevamos.

Una voz ronca se dejó oír desde el corredor.

- Bueno ideay, ya va a ser la hora de la chelineada y estas haraganas ni se han bañado.

Las dos mujeres se volvieron a ver con una mirada cargada de recelo y angustia.

- Apuráte Juana que ya viene esa vieja de mierda, ofla, parece buena gente y bien que nos saca el jugo.

- Prestáme tu jabón que el mfo se me acabó, ya ni para eso tengo.

- Andá cogelo al cuarto que voy a ir a platicar con la Brunilda, tiene un divieso en la canilla, a lo mejor ni baila ahora.

- Te andás creyendo, doña Marifita no se lo permite y ni como quejarse, como es oreja la vieja se las pica.

La mujer salió y al entrar en otro cuartito tropezó con una bacinilla.

- Ajá Brunildá, cómo seguís?
- Fregada hermana, hasta que renqueo.

Enseñó la pierna en donde se notaba una inflamación de color amarillento y verduzco.

- Ya hablaste con doña Marifita?

Ella hizo una mueca negativa, suspiró indiferente y se arrecostó en la tijera.

- Y para qué, si hasta que una se está pudriendo la manda donde el doctor.

Luisa se tocó una fea cicatriz en la pierna y encendió un valencia.

- Es una chochada, pero qué vamos a hacer.

La Brunilda cerró los ojos y arrugó la cara.

- Así es la cosa mujer, qué vamos a hacer si unas nacemos para ésto, así me lo decía mi padrasto, regañándome, y el viejo desgraciado fue el primero, me luchó un día que no estaba mi mamá y hasta consiguió que me corrieran de la casa porque salí preñada.

- Así es la cosa, qué vamos a hacer, yo ni acordarme quiero.

La Brunilda se comenzó a echar numotizine en el divieso y después se untó cofal en los pies.

- Si lo fregado es esa bailadera, hasta que se entumen las patas, y lo peor es que el chelfn de cada pieza va al delantal de doña Marifita.

- Ya me parece que la veo: "a ver hijó, el chelfn de la pieza".

- Sí hombre, si la otra noche me encontré un mi enamorado, vieras cómo le sacaba la vieja los chelines, por último lo corrió.

- Y qué fué?

- Estaba picado y quería seguir bailando, me arrecha la vieja, hasta me peleó y me dijo que ella no era ninguna maje.

Luisa se puso a reír y le pasó la chiva a la Brunilda.

- Palabra, y lo peor es que ni como irse, una está como empeñada, ya viste a la Rosita, se quiso meter de cocinera y como supieron que había estado en ésto, la corrieron.

- Es una chochada, pero qué le vamos a hacer.
- Sí hombre, si ni a misa podemos ir.

Luisa se acercó a la imagen del Corazón de Jesús y le arregló unas flores de papel que tenía al lado.

Las mujeres se quedaron calladas y Luisa tocó una cadenti- ta que andaba en el pescuezo.

- Ya va a ser la hora, verdad?
- Sí, ya va a ser la hora.

Nuevamente volvió el silencio, sólo interrumpido por ruidos de vasos y botellas que venían de la sala.

- Ojalá que me salga algo, quiero comprarle un corpiño al turco que pasa los Miércoles.
- De veras, yo también necesito uno, pero esto está fregado, si con dificultad se saca para el cuarto.
- Y de los chelines, ni hablar, todos al delantal de doña Ma-

rifa.

- Se pega sus buenas cargadas, hasta vestidos a go-go se pone la vieja.
- Ni libre la deja a una, la otra noche estaba con uno que me cayó bien y vino el hijo de don Pedro, ay nomás me llamó para que estuviera con él, vieja más hipócrita, la hubieras visto: "me atendes bien a Pedrito, hijitá, que no se vaya a quejar después". Y tan bien que me cafa el otro muchacho.

Brunilda la quedó viendo y después dejó fija la vista en su vientre.

- Así es la cosa, y ya va a ser la hora.

Brunilda levantó la cara y miró a Luisa con aire desganado.

- Y tu mama?
- Yo creo que ya sabe que estoy metida en esto, pero allá en la comarca siempre dice que estoy de china en Managua, yo casi no voy.



- Ideay por qué?

- Es que hasta Pedro, aquel enamorado que te conté cree que yo estoy de china y me dijo que nos casáramos, mejor no voy.

Otra vez la voz ronca se escuchó. Esta vez en medio del pequeño aposento, dividido por biombos de papel periódico.

- Bueno, bueno, a alistarse todas que ya va a comenzar la cosa.

- Aligerate, ya viene doña Marifita.

- Ay que me espere, voy a ponerme otros zapatos, este barrio es puro lodo y éstos ya se me ensuciaron.

- Palabra, este barrio es puro lodo y monte, es más bonito mi pueblo, no sé porqué salí de allí.

- Luisa se puso a reír, pero después se quedó pensativa.

- Dejate de hablar chochadas, vamos, ya es la hora.

Brunilda se levantó y buscó un peine.

- Dios mfo, ya es la hora.

La voz ronca se oyó de nuevo.

- Cheponá, dale volumen a esa rokonola.

Un muchacho salió de un cuarto y se dirigió hasta la rokonola.

- Ay, esta doña Marifita no me deja tranquila.

Aumentó el volumen de la música y el movimiento de la gente en la pequeña sala.

- De las hijas que tenía, de las hijas que tenía, toditas se me han casado....

- A ver hijó, el chelín de la pieza.....